



**Recuerdos
sobre la autoría**

Adèle du Lac



Ediciones del caracol

Hubo un tiempo en que las historias eran de todos: todos las hacían, todos las poseían. La voz de todas las historias era común. Ninguna historia aspiraba a un precio: nada se podía considerar más absurdo. Eran gratuitas como lo era la lengua materna. Mi padre me enseñó de niña que la extraña horda de los hombres se hizo humanidad gracias a esas historias anónimas y polifónicas que fueron de todos sin nunca tener un dueño.

Era un tiempo aquel en el que cada vez que faltaba una palabra para expresar algo, se contaba una historia que la supliese.

—Cada historia era como una nueva palabra, un nuevo paso en el camino del conocimiento. ¿Quién podía pretender hacerse propietario de una palabra, de un paso en el camino de todos? —me dijo un día mi padre después de leerme una antigua leyenda anónima.

—Cada historia, una palabra. Cada palabra, una historia —me insistía un día mi padre camino de la biblioteca del pueblo.

Al llegar, se detuvo ante sus puertas y con un movimiento ceremonioso, se llevó la mano al corazón y respiró hondo, como quien huele un agradable misterio.

Una vez dentro, me dijo:

—Una biblioteca es un diccionario. Cada libro que contiene es una palabra del relato de quienes somos.

Luego buscó un diccionario entre las estanterías. Lo abrió ante mí mostrándome las hileras dobles de palabras con sus definiciones.

— Un diccionario es una biblioteca infinita. A nadie pertenecen las incalculables combinaciones de sus palabras. Están todas aquí para ser de todos.



(Conservo hasta hoy esta reproducción de un grabado titulado "El ángel caído" que mi padre tenía colgado en su despacho)

En las paredes de la casa de mis padres nunca se colgó un cuadro que llevase la firma de su autor sobre la pintura. Cada vez que iba con ellos a casa de alguien donde había cuadros con una firma del pintor sobre la pintura, mi padre me miraba guiñándome un ojo mientras señalaba la firma y me decía en un susurro con tono tenebroso:

— La mancha.



Aquella fue la primera ocasión que me puse delante de una cámara. Los niños del pueblo representamos para cada sketch del mediometrage distintas escenas de amor que habíamos visto en las películas que se habían proyectado en el pueblo. Durante las asambleas, cada niño contó frente a los demás la escena de amor de la que mejor recuerdo conservaba.

Una de las escenas que decidió rodarse fue la que yo había contado. Junto a otro niño del pueblo, se nos encomendó representarla frente a la cámara. Se trataba de la escena final de *Luces de la Ciudad*, el momento en el que al tocar las manos del vagabundo encarnado por Chaplin, la florista reconocía al hombre que la había salvado de la ceguera.

Recuerdo que la escogí porque había sido la primera escena de amor que me hizo llorar frente a una pantalla. Al verla había sentido

con un intenso sentimiento de realidad, propio de los sueños, que yo era también la florista y al mismo tiempo era también el vagabundo. Mi vida se había fundido por completo con el dibujo de la luz sobre la pantalla y lloré de felicidad mientras contemplaba en éxtasis aquellas manos entrelazadas, sintiendo que eran los latidos de mi propio corazón los que las daban vida.



Recuerdo también lo sencillo que fue para mí representar frente a una cámara aquella escena. Yo había sido esa florista, por lo que me limité a hacer de mí misma en la representación del recuerdo de algo que ya había vivido antes.

— ¿Qué es la humanidad sino un relato?

Yo era todavía adolescente cuando se lo escuché a Walter, un viejo amigo de mi padre, un día que fuimos a visitarle. Habíamos atravesado toda Francia para ir a verle al sanatorio de tuberculosos en el que vivía desde hacía varios años, nunca terminándose de curar ni de morir. Era la primera vez que yo hacía un viaje tan largo y también era la primera vez que veía a aquel viejo amigo de mi padre, del que tantas veces me había hablado. Sería también la última pues, poco después de nuestra visita, los pulmones deshechos de Walter dejaron finalmente de respirar.

—¡Nosotros, el relato! — exclamó Walter respondiendo con entusiasmo a la pregunta que nos acababa de hacer.

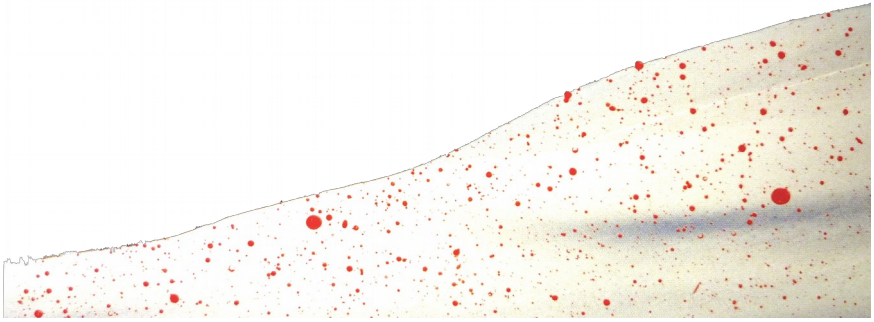


Conservo esta imagen que guardaba mi padre y en la que aparece el cuerpo de Walter tal y como fue encontrado el día que murió durante uno de sus paseos en los alrededores del sanatorio de tuberculosos donde le habíamos visitado.

En coincidencia con el retrato que mi padre me había hecho de él, Walter no paró de contar historias durante el paseo que dimos durante nuestra visita. Recuerdo que estaba todo blanco tras una gran nevada que anunciaba el invierno inminente, lo que evocó en Walter leyendas del Ártico e historias sobre los pueblos esquimales.

Me dí cuenta de que Walter había aprendido a acomodar en el ritmo del relato las toses que cada pocos minutos no podía reprimir. Sin aparente esfuerzo conseguía que casi cada tos crease un clímax de suspense en lo que contaba. Recuerdo que entre dos fuertes accesos de tos bastante seguidos nos dijo con tono melancólico:

—Los esquimales fueron diezmados a principios de siglo por la tuberculosis que trajo a sus comunidades la invasión del hombre blanco. La nieve se tiñó con lunares rojos por doquier y una vez cesó el eco de las toses, comunidades enteras desaparecieron para siempre en lugares donde hasta entonces se habían sucedido las generaciones por miles de años.



En otro momento de nuestro paseo, tras guardarse un pañuelo enrojecido con el que se había tapado la boca durante un fuerte ataque de tos, Walter removi6 la nieve al borde del camino para coger una piedra. Mientras la contemplaba volteándola lentamente en su mano, nos contó que los esquimales eran grandes contadores de historias pero aún más extraordinarios escultores.

Antes de esculpir nada, nos contó Walter, un esquimal se pasaba mucho tiempo contemplando una piedra:

—¿Quién eres? —le preguntaba.

Después de un largo silencio interrumpido por un nuevo ataque de tos, Walter continuó:

—Tras escuchar con calma la respuesta, la escultura surgía cuando el esquimal

ayudaba —Walter enfatizó esa palabra— a sacar la imagen de la piedra. Al esculpir o al relatar una historia, los esquimales se sentían ayudantes en lugar de creadores. Todo estaba ahí a la sola espera de una ayuda, de un pequeño empujón para ser revelado. Ellos no se consideraban artistas, creadores, ni siquiera tenían esas palabras: para ellos la realidad exterior era una forma de lo que nosotros llamamos arte.

—He leído que esa misma actitud de ayuda a nacer, como de parteros —añadió mi padre— regía también las relaciones del esquimal con su comunidad: nada se imponía, se ayudaba a liberar.

Walter afirmó con la cabeza y se mantuvo pensativo un largo rato. Cuando mi padre y yo intuíamos que un nuevo acceso de tos era ya inminente, Walter en lugar de toser aproximó su rostro a la piedra y tras respirar hondo el aire helado que la envolvía, dijo con voz limpia y profunda:

—Imaginaos, queridos míos, para decir “poesía” los esquimales usaban la palabra “respirar”. ¡Los versos de una canción eran para ellos algo tan natural como el aliento!

—Un pueblo feliz... —dijo mi padre
mirándome soñador.



Cuando yo era todavía niña, mi madre a veces me llamaba “María Seudónima” debido a mi amor por ponerle moteles simpáticos a todo el mundo. Esa afición perduraría el resto de mi vida y acabaría por aplicármela sobre todo a mí misma.

Siguiendo también el modelo de Walter, mi gran maestro de un día, me inventé muchos nombres para, aunque fuese vagamente, tratar de insinuar nosotros cada vez que fue inevitable que apareciese el nombre de una autoría junto a una de las historias que he ayudado a contar a lo largo de mi vida.

¡Qué enrevesado el relato de la colección de nombres que recorren los contratos que me ha tocado firmar para hacer posible algunas historias!



No por azar, contaba Walter, los esquimales narraban sus mejores historias ocultos tras una máscara que formaba parte de la historia. Una vez contada la historia, la máscara se volvía inútil, se tiraba y se construía otra máscara para la siguiente historia. Nunca se contaban dos historias iguales.

—¿Acaso pueden existir dos historias iguales? — decía mi padre que decía Walter—.

¿Somos acaso siempre el mismo cada vez que contamos una historia?



*La selección de fragmentos del libro
Recuerdos sobre la autoría finaliza aquí.*